

hoy escribe

Antonio Alvarez Solís (\*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

El huevo de cobre

El taxista rió hirientemente al enfilar la calle Serrano. Solamente me dijo, a modo de resumen de su largo discurso:

«Creame, no se debe maltratar a los poderosos».

Le dije sólo: «¿Usted cree?»

El taxista estaba indignado porque el Gobierno ha echado a los americanos de la base de Torrejón. «Los americanos tal vez respondan —me dijo el taxista— ahogándonos en lo económico. Simplemente pueden, de nuevo, disminuir su compra de zapatos españoles».

Para el taxista el mercado americano de zapatos es esencial. No sabe, como parece evidente, ni los zapatos que vendemos allá, ni el precio a los que vendemos. Tampoco le importa. El se ase a la venta española de zapatos al poderoso americano para construir su circulante teoría sobre el poder. La cuestión para este taxista es el poder. «Jamás se debe desafiarse a los que ostentan el poder», resume con energía. Le pregunté por qué. Me dice secamente: «Porque el mundo es así». Es decir, el taxista, que vive inmerso en un mundo de materialismo elemental —el coche, la casa, la gasolina, la alimentación; en suma, la sobrevivencia— practica un esencialismo casi teológico. «El mundo es así». Esto es, el mundo no ha sido hecho así, no ha sido construido así por el hombre. No hay historia. El mundo no es el producto, la cifra de la historia. El mundo está ahí con sus castas, con su orden, con su jerarquía; hijo de lo inexplicable o, al menos, de lo inmodificable. Como se decía en la cosmogonía inmóvil de los precolombinos encaramados a los Andes: del huevo de oro que pusieron los dioses nacieron los curacas, sus nobles y principales; del huevo de plata, sus mujeres, y del huevo de cobre, la gente plebeya, es decir, el taxista, yo. Como es lógico no los americanos de Torrejón. Y el taxista está resignado, casi orgulloso de este orden. ¿Cómo casi orgulloso?: está serenamente satisfecho de que el orden le evite la trágica aventura de la reflexión, la feroz necesidad del combate. El ha salido de un huevo de cobre. Sí, al fin y a la postre un huevo también. Por tanto, ¿qué necedad trasgredir este ordenamiento divino!

Insisto al taxista sobre la precisión de examinar el origen de la riqueza de las naciones; mejor dicho, no seamos liberales: insisto en que examinemos el origen de la riqueza de las clases. El taxista me mira por el retrovisor y vuelve a reírse, esta vez con un deje de miedo en el sarcasmo. «La riqueza está ahí; el poder está ahí», insiste el taxista. «Por tanto —añade— acomodémonos a la realidad. Si usted insiste en su teoría del origen rapaz del poder y de la riqueza los americanos rebajarán su cuota de compra de zapatos españoles». En ningún momento el taxista llega a sospechar que los americanos nos necesitan con necesidad urgente, angustiosa; mucho más que nosotros los necesitamos a ellos. Porque nosotros somos su plusvalía en tanto que ellos son nuestro empobrecimiento. Explico al taxista que los americanos no pueden ya asfixiar más al tercer mundo porque están convirtiendo en oro todo lo que tocan desde su soberbia y el oro no es un activo real, una cosa que sirve para comer o para vivir de su consumo directo. «¿Conoce usted lo que ocurrió al rey Midas?». El taxista vuelve a reír fuerte y me advierte que los reyes jamás toman un taxi. Más aún: cierra su grave advertencia diciéndome que ni Felipe González viaja en taxi sino en el «Azor» «y el «Azor» —me susurra pícaramente— lo pagamos usted y yo; como las mariscadas que devora el alcalde Barranco en los restaurantes». Al taxista le preocupan mucho las navegaciones del presidente González y las mariscadas —supongo que adivinadas, más que sabidas por él— del alcalde de Madrid. Pero rápidamente me asegura de nuevo que «el mundo es así».

¿Qué ha pasado para que un trabajador renuncie a la concepción al menos evolutiva del mundo y se refugie ahora en un esencialismo creacional y miserable? Ahí debe centrarse la reflexión profunda de la izquierda. La izquierda ha jugado con los principios que armaban la protesta social hasta destruirlos. Los comunistas diseñan ahora sus partidos con ala derecha, centro y ala izquierda. Me decía un comunista: «Así funcionan en Italia». Yo le pregunté si cree realmente que funcionan. Me habla de la riqueza italiana, de su renta «per

capita». ¡Fenomenal! Aún es válido el gran número de la «renta per capita» para hacer una meditación letal desde la misma izquierda. De la renta «per capita» estos izquierdistas no extraen el gran escándalo de la desigualdad, de la perversión estadística, porque ¡qué tiene que ver la cuenta de resultados de Italia con la vida real de tantos millones de italianos que se hunden en la pobreza y en la indignidad de sus formas de trabajo y de existencia! ¿De qué Italia hablamos: de la urbana de Milán o de la masa aplastada del mezzogiorno y del sur? ¿de los pequeños empresarios creados, según el socialista Saba, en la redoma de la economía sumergida o de esos trabajadores de existencia mínima que viven de las migajas de los vanidosos e irrelevantes empresarios que ha fabricado la economía sumergida? ¿hablamos de los objetos de piel italianos que se venden en Nueva York o de las trabajadoras que manipulan en condiciones inhumanas esa piel en Italia? Si ¿de qué hablamos cuando hablamos de la «renta per capita»?

El taxista no quiere abandonar su creencia en la irremediabilidad sacral de los poderosos. Es más: pasa al ataque y me pregunta si no seré comunista: le aseguro que ni eso ya; «soy simplemente rojo», le digo como fórmula de encerrar en una etiqueta la discusión imposible. El taxista ríe entonces fuertemente, pero me advierte que yo soy peligroso. «El futuro está en vivir de los americanos», concluye. Indago entonces su intención de voto y me contesta algo magnífico: «No voto a nadie porque la política es un menester de poderosos, de sinvergüenzas». O sea, que este taxista cree que el poder está atribuido desde toda la eternidad a los que han salido del huevo de oro, pero desprecia profundamente a los dorados destinatarios de este poder. Le pido una solución para esta sangrante contradicción: «Vivir de los ricos y huir después». Le pregunto que hacia dónde la huida. Y no lo sabe. Insiste solamente en que hay que huir hacia el placer de cada cual, hacia el extrarradio de cada cual. Le pregunto por último si no será un anarquista hijo de la postmodernidad. No entiendo nada.

Me bajo del taxi y entro en el Banco Hispanoamericano.

(\*) Escritor

Utopiak

Egoera guztietan egin behar da lan. «E» eguna etorri zai egon, eta artean egitekoak «geroko gero» uztea, oso ondorio txarreko jokabidea izaten da. Eutsi egin behar zaio lanari, honetara edo hartara.

Baina ideiak garbi atxiki behar dira. Sistemaren barruan, legetasunaren barruan, agintek nahi duena eskura daiteke, berak markatu dituen neurrien mailan; eta besterik ez. Legetasuna zedarritu eta mamitu du, tenak ez dira zozoak: ez han eta ez hemen. Legetasuna agintearen zerbitzutan dago.

Gure kasoan, era berean. Konstituzioa Madrilko interes eta helburuen zerbitzutan dago, eta ez gurenean.

Baina legetasunaren «logikak» eta «pragmatismoak» indar handia dute. Are handiagoa, noski, gizon eta emakume «logiko» eta «pragmatiko»-en artean.

Eta ondorioa berehala nagusitzen da: sistematik at lan egitea «utopiko» da. Bestela esanda: aldakuntza iraultzaileak utopikoak dira. Garbikiago oraindik: alferrikako saioak; egin daitekeen guztia, legetasunaren barruan lortu behar baita.

Hots, «pragmatismoa»-ren izenean ideia horiek hedatzen dituztenak, agintearen zerbitzari leialak besterik ez dira. Gure kasoan, Madrilko agintearen morroi hutsak. Eta garbi utzi behar da hau: kontserbadore, eskuindar eta euskal nazio-projektuaren etsaiek direla.

Oraindik ere badago Euskal Herrian «sistemaren barruko lore»-horietan batere sinesten ez duen jendemordot bat.

Baina presioa gero eta handiago da. Eta iraultza, aldakuntza iraultzaileak, posible direla azpimarratu behar da.

Nahiz, noski, borroka eginez, eta zapatillak eta poltroiak erabat at...

Hots: hortxe zegok kokka!

TXILLARDEGI

hemeroteca

El ruido y las nueces

(Pedro Altaras, «Diario de Navarra», 12-3-88)

El Ministerio del Interior continúa con sus espectaculares acciones en la calle. A las operaciones Otoño y Primavera contra la droga que tuvieron lugar en las grandes capitales, hay que sumar los controles policiales en las carreteras de salida de Madrid después de producirse algún atentado, los «peinados» del barrio del Pilar del pasado año y el de ayer y anteyer en Alcorcón, barrio dormitorio de la periferia madrileña con más de 100.000 habitantes. Y también el registro realizado hace algunos días en unos de esos «ghettos» ciudadanos de Madrid, convertidos por la marginalidad en una auténtica «ciudad sin ley» (...)

Es evidente que algunas cosas han cambiado. Desde la discutible irrupción en el barrio del Pilar a la operación de estos días en Alcorcón va un abismo. El Ministerio del Interior no sólo ha cuidado ahora las formas, sino que ha extremado todos los aspectos que pudieran incidir en los derechos ciudadanos. Ninguna casa ha sido registrada sin

permiso de sus ocupantes a quienes se les hace saber previamente sus derechos constitucionales. La colaboración ciudadana, por su parte ha sido total.

Estimando todo lo que ello tiene de positivo, algunos interrogantes siguen en pie. El principal de todos ellos es su efectividad real. Por propia naturaleza este tipo de movilizaciones masivas de la fuerza pública son imposibles de que se realicen con discreción. Lo que supone una alerta para la delincuencia. Casual o no, lo cierto es que el diario «Egin» publicó con un día de antelación el peinado en la periferia de Madrid. Todo un sintoma.

Lo que se trata de saber es si el ruido se corresponde con la cosecha de nueces.

Los cobayas humanos

(Alvaro Delgado-Gal, en «Diario 16», 12-3-88)

El escándalo francés de los cobayas humanos ha suscitado, junto a sentimientos de enojo y cierta sensación de frío en el espinazo —la sensación que va unida a la proximidad de la Morgue y la estampa de un doctor Frankenstein trasgrediendo miembros descuartidos—, una pregunta de un indubitable importe: ¿Es permisible la experimentación con personas que han traspasado, a lo que parece, la raya que separa la vida de la muerte?

Es obvio que la clave toda reside en el calificativo «humano». ¿Siguen siendo humano un ser que ha entrado en coma irreversible?

El punto es decisivo en materia médica. A lo largo de la historia, y conforme evolucionaban positivamente la medicina y la ley, se han dado respuestas distintas.

Es probable, cierto, que no seamos quienes para decidir cuándo un cuerpo se reduce a mera materia animada. Esto, sin embargo, es ha-

rina de otro costal. El profesor Milhau ha abierto la caja de Pandora; pero no ha inventado los demonios que a la sazón alteran la buena conciencia francesa.

La capacidad subversiva del nacionalismo

(Vicente Copa, «El Diario Vasco», 12-3-88)

Ha sido Mario Onaindia (de oficio político provocador), el que ha acuñado la acertadísima expresión de que el nacionalismo que practica tanto EA como PNV es «subversivo». Creo que Mario Onaindia tiene razón. Pero su afirmación es una obviedad. El nacionalismo vasco —como cualquier otro que se precie de serlo— tiene

que ser subversivo hasta que se llegue a un punto de cómoda instalación en el entramado jurídico-político del actual Estado de Derecho.

La capacidad subversiva del nacionalismo vasco es grande. Y se traduce en una puesta en cuestión constante del marco jurídico estatal y en una inculcación de provisionalidad en el sistema estatutario que fué aceptado condicionadamente por el nacionalismo, como por activa y pasiva lo recuerda el presidente de Eusko alkartasuna. Precisamente, la evolución actual del PNV teinde a ir restando contenido subversivo a su discurso político, aunque, como advirtió Xabier Arzalluz, si por subversión nacionalista se entiende la no aceptación de la Constitución, el PNV asumiría ese carácter subversivo. (...)



«El País»